

UN GRAN FILOLOGO AMERICANO (1)

DON RUFINO JOSE CUERVO

Señor Ministro, señoras, señores:

Hoy hace seis años que desapareció del mundo de los vivos, envuelto en la penumbra tan grata a su modestia y a sus gustos solitarios el varón insigne, gloria de Colombia su patria, de toda la América descubierta y poblada por España, de nuestra hermosa lengua, de nuestra cultura y de toda nuestra estirpe, el eminente filólogo don Rufino José Cuervo, que me propongo presentar brevemente a vuestra admiración y a vuestro aplauso.

No emuló las glorias de los caudillos militares y de los agitadores políticos; no buscó laureles en los campos de batalla; no participó en las contiendas y revoluciones que tantas veces han ensangrentado y desgarrado a las repúblicas hispanoamericanas. Huyendo del ruido de los combates y de las luchas civiles, su espíritu selecto se refugió en el culto de las letras, y conquistó para su patria una gloria más pura y más grande que la de todos los tribunos y caudillos.

Estos inclinaron más de una vez su frente ante el glorioso solitario, que consagró por completo su existencia a investigar los misterios de nuestra lengua, a restaurar su pureza y a estrechar los lazos intelectuales que unen y han de unir para siempre a los que de ella se sirven, en la vasta extensión de nuestro planeta, para expresar y comunicarse sus dolores, sus alegrías y sus glorias.

Durante largos años, el modesto retiro de nuestro sabio, en la calle de Siam, en París, fue como una

(1) Conferencia leída en el Ateneo Hispano-Americano de Buenos Aires el 17 de julio de 1917 por don Miguel de Toro y Gómez.

especie de Meca intelectual para cuantos americanos cultos visitaban la gran metrópoli francesa. Allí, rodeado de los tesoros lingüísticos y literarios que había ido acumulando a fuerza de costosos sacrificios y de búsquedas laboriosas, acogía bondadoso a sus admiradores y a cuantos solicitaban sus consejos literarios; allí dictaba sus fallos, no con la aparatosa prosopopeya de las antiguas pitonisas, sino con la casi humilde modestia de un anacoreta de las letras y de la cultura filológica. Como en otro tiempo, según el testimonio de los historiadores romanos, acudían desde las más remotas comarcas a la ciudad de los Césares devotos peregrinos y admiradores a visitar al anciano Tito Livio, no faltaron fervientes admiradores y discípulos que acudiesen sin cesar a la moderna Roma del ingenio y de la cultura, desde las más apartadas regiones de América, para admirar y oír las sabias enseñanzas del glorioso colombiano.

Seguramente está llamada nuestra lengua a los más gloriosos destinos en este Nuevo Mundo, pues en él ha suscitado la Providencia, en los momentos más críticos, insignes y respetados maestros para asegurar su unidad amenazada y restablecer su pristina belleza.

Allá en los comienzos de la pasada centuria, cuando tras cruentas luchas civiles se rompieron los lazos seculares que unían a España con sus gloriosas hijas que aspiraban a la natural independencia, temieron algunos que, realizada la ruptura política y administrativa, se aflojasen por natural consecuencia los lazos intelectuales y literarios, y que nuestro admirable idioma, siguiendo en las nacientes Repúblicas nuevos derroteros y corrompiéndose con todo género de aluviones literarios, diese lugar a nuevos dialectos.

Por fortuna apareció entonces en la vecina República de Chile la gigante y noble figura del venezolano don Andrés Bello, insigne poeta, historiador, político,

legislador, filólogo y sobre todo incomparable cultivador de nuestra lengua que, con su notabilísima *Gramática* no superada hasta hoy, estableció sobre bases inquebrantables la unidad y el imperio del idioma del Cid y de Cervantes en las vastísimas regiones del continente americano que iniciaban la era gloriosa de su independencia.

Y no he citado a la ligera, sino muy de intento, los nombres del legendario héroe castellano y del más glorioso de los cultivadores de nuestra lengua.

En efecto, aquel varón insigne no se contentó con legislar, con autoridad indiscutible, sobre nuestro idioma, sino que, anticipándose en muchos años a los filólogos extranjeros y nacionales que han consagrado sus desvelos y lucubraciones a los primitivos monumentos de nuestro idioma, aplicó sus dotes de lingüista, de filólogo y de crítico a ese venerable poema, augusto pórtico de nuestra prodigiosa literatura, en el que aparece nuestro idioma robusto y majestuoso en los primeros lustros del siglo XII, cuando las demás lenguas derivadas del latín se muestran todavía vacilantes y casi informes. Mientras los escasos monumentos de estas últimas son apenas comprensibles sin el auxilio de extensos y eruditos glosarios, cualquiera de nosotros puede saborear sin grandes dificultades las bellezas del viejo poema castellano.

Circunstancias análogas a las que hicieron aparecer en los lejanos comienzos del siglo XIX la gran figura de Bello, para asegurar en ambos hemisferios la continuidad y unidad de nuestra lengua, han hecho aparecer en estas últimas décadas la no menos brillante de Cuervo, continuador benemérito y afortunado del gran filólogo venezolano.

Cuando no hace muchos años, algunos americanos mal aconsejados lanzaron a los cuatro vientos la idea de crear una lengua americana, sin que faltara en el

concierto de los ilusos innovadores algún *maître Renard*, que lisonjeara con no muy hábiles halagos el amor propio de los mismos, puede decirse que bastaron la autoridad y el nombre de don Rufino José Cuervo para que fracasaran casi en germen los intentos neológicos y hoy yace en el más justo olvido la obra que pretendió pasar por Evangelio de los pugnadores del nonnato idioma americano.

El insigne filólogo colombiano, anticipándose a tan inconsultas tentativas, se había erigido en maestro indiscutible de nuestra lengua y, restaurando la autoridad de Bello con las nuevas y brillantes notas que agregó a su gramática, volvió briosamente por los fueros de nuestra lengua en obras magistrales y aseguró la unidad de la misma y su perpetuidad en las repúblicas hispanoamericanas.

Como he indicado antes, puede considerarse hecho providencial que los dos grandes mantenedores de la unidad del idioma en pueblos nacidos de la misma estirpe, animados por el mismo espíritu idealista y caballeresco y habitantes de la misma zona moral, fuesen americanos, a fin de que sus doctrinas y enseñanzas tuviesen mayor autoridad en América.

Pero antes de trazar ante vuestros ojos la silueta moral y literaria del ilustre bogotano, permitidme que os haga entrever, siquiera sea rápidamente, los vastos dominios en que ejercitó su inteligencia y en que conquistó su merecida fama de filólogo.

Desde muy antiguo, interesó a los humanistas del Renacimiento el problema del parentesco de las lenguas sabias entre sí y de sus relaciones de cognación con las lenguas modernas. El célebre Justo Lipsio que floreció en el siglo XVII vislumbró las relaciones entre el persa y el alemán y el insigne filólogo Leibnitz (1846-1716) aconsejaba a los misioneros y diplomáticos que

formasen listas de palabras, que sirviesen de base de comparación.

Uno de los primeros en seguir tan sabio consejo, fue el famoso jesuíta español, padre Lorenzo Hervás y Panduro que, en 1784, es decir bastantes años antes que Adelung, el famoso autor de *Mitridates*, publicó su *Catálogo de las lenguas*, y en otra obra menos conocida, destinada a la enseñanza de los sordos mudos, adivinó antes que ninguno el origen pronominal de las desinencias verbales, descubrimiento atribuido por Michel Bréal al ya citado Adelung. Por eso, con muy justa razón, el filólogo Pott, en la notable epístola latina que dirigió a Cuervo en 1876, y que figura al frente de las ediciones de *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, asocia el nombre del ilustre jesuíta extremeño al del filólogo bogotano.

Y haré notar, de paso, que así como figura un español insigne entre los promovedores de la lingüística moderna, se debe igualmente a otro erudito español, el bibliotecario Sánchez, la primera publicación en 1789 de textos españoles de la edad media, entre ellos el *Poema de Myo Cid*, cuando nadie daba importancia a esos documentos *semibárbaros*, según el calificativo de Boileau.

Verdad es que pocos años antes los célebres jesuitas franceses Coeurdoux y Calmette (1767) que residían en la India, habían notado las curiosas semejanzas entre las lenguas sánscritas, latina y griega, y habían enviado sus notas y observaciones al abate Berthélemy, de la academia francesa; pero estas observaciones no se dieron a luz hasta muy entrado el siglo XIX.

Entre tanto, apenas establecida Inglaterra en la India, se fundó la célebre sociedad de Calcuta en 1784, siendo sus miembros principales Wilkins, Carey, Colebrook y otros, que, solicitados por tan curiosas coincidencias, se aplicaron a los estudios brahmánicos y tras-

ladaron al estudio de la lingüística europea los nuevos procedimientos gramaticales. La primera gramática sánscrita, escrita por un misionero italiano, el padre Paolo de San Bartolomeo, apareció en 1790 y, a partir de esa fecha, menudearon las publicaciones de esta índole. Casi por el mismo tiempo empezó a sonar en las aulas universitarias de Europa el nombre de *Filología*, desde que en 1777 se inscribió en la universidad de Gotinga el célebre Fernando Wolf, que agregó a su firma la mención de *Studiosus philologiae*, y que fue más tarde admirador y benemérito cultivador de nuestra literatura. Si era nuevo el sentido atribuido por Wolf a la voz *filología*, no lo era ciertamente la palabra. El inmortal Platón la había empleado ya en sus diálogos para designar la afición a la conversación o trato social. En consecuencia llamaba a los atenienses *filólogos* o amigos de conversar, y *braquiólogos* a los espartanos, poco aficionados al comercio literario.

También empleó la misma palabra en sentido más cercano al que hoy tiene, el erudito retórico africano Marciano Capela, que publicó en 429 su curiosa aunque indigesta novela: *Bodas de Mercurio con la filología*.

Casi el mismo año que se publicó la primera gramática sánscrita, en 1791, nació en Alemania el ilustre Bopp, padre de la filología y sobre todo de la gramática comparada, cuya obra famosa: *Gramática comparada de las lenguas indoeuropeas*, fue publicada en alemán en 1834-49 y traducida admirablemente en francés por Bréal en 1866.

Este puede decirse que fue el verdadero maestro de Cuervo, y en el estudio de su obra monumental se nutrió su espíritu y adquirió la orientación necesaria para su vasta y fecunda labor lingüística.

Hecha esta breve pero necesaria digresión, voy a narrar sintéticamente la vida y la obra del insigne

colombiano, pues no quiero abusar de vuestra benevolencia.

Nació en Bogotá en 1844, siendo su padre el eminente escritor y político don Rufino Cuervo, cuya vida escribió, en unión de su hermano don Angel, erigiendo al mismo tiempo un monumento de filial cariño al autor de sus días y otro no menos valioso y brillante a nuestra lengua.

En sus venas se mezclaron no pocos de los principales elementos de la estirpe ibérica, pues figuran, entre sus más notables ascendientes, portugueses, gallegos, vascos y castellanos. En este punto, es digno de notarse el importante papel desempeñado por el nuevo mundo en cuanto a la unidad de la raza. Fue América, por decirlo así, el crisol donde se fundieron y amalgamaron los diversos elementos étnicos de la península, allegando cada uno sus caracteres predominantes.

Mostró Cuervo desde la infancia grande amor al estudio, recibiendo educación esmeradísima, especialmente de los jesuitas, y no tardó en producir frutos opimos y abundantes. A los veintitrés años, era ya excelente profesor de humanidades, y en unión de su compatriota y amigo, el elegante traductor de Virgilio y eximio poeta don Miguel Antonio Caro, otra gloria legítima de la gran Colombia, dio a luz una *Gramática latina* modelo de erudición y de método pedagógico, de la que dijo nuestro famoso dramaturgo Tamayo y Baus en informe oficial presentado a la Real Academia Española en 1882 que era una «obra magistral y la mejor en su género en nuestro idioma.» El ilustre académico se refería a la 4.^a edición y, a pesar de los años transcurridos y de las obras de igual índole publicadas, no conozco ninguna que pueda disputarle tal preeminencia.

Reveses de fortuna, que arruinaron a su familia, obligaron a nuestro joven y ya notable escritor a trocar

momentáneamente el culto de Minerva por el de Mercurio, fundando en Bogotá, con su ya citado hermano, una fábrica de cerveza; pero no he hablado con exactitud al afirmar que abandonó el culto de Minerva, pues, en medio de los cuidados industriales y comerciales de su nueva situación no abandonaba el manejo de los libros y seguía preparando sin cesar los elementos de su gran *Diccionario de construcción y régimen* que tenía perfectamente planeado y que es sin disputa el monumento filológico más admirable de nuestro idioma.

Aquel brillante espíritu latino y más que latino, ateniense, que se llamó Miguel Cané, y de que se enorgullecen con justo título la cultura y las letras argentinas, tuvo ocasión de visitar a Cuervo por entonces, y su festivo ingenio ha dejado en *Notas de viaje*, gráficos recuerdos de su visita.

En la remota época de que vengo hablando y en que apenas existían en las aulas de la península estudios filológicos, era ya Cuervo maestro en la nueva ciencia, gracias al conocimiento y lectura de la citada *Gramática* de Bopp, y se hallaba familiarizado con los nombres más ilustres de la filología europea como se desprende de las eruditas notas a la *Gramática* de Bello.

En 1878 visitó con su hermano la exposición de París, y atraído seguramente por el ambiente intelectual de la moderna Atenas que en medio de su aparente frivolidad era, antes de la presente guerra, uno de los focos más intensos de cultura intelectual y uno de los puntos que más facilidades ofrecía a los estudiosos y eruditos para los trabajos del espíritu, escogió a la hermosa Lutecia para el lugar de su retiro definitivo y altamente fecundo para nuestra lengua.

Hay que advertir que algunos años antes del primer viaje a París (1867—1872) había publicado Cuervo

en Bogotá su famosa obra *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, origen de su reputación mundial. En ella se revelaba como el más profundo conocedor del castellano en su época, no sólo en América sino también en España. Era augurio cierto de sus triunfos filológicos y demostraba en cada página su intensa labor lingüística y su consumada pericia en el manejo de todos nuestros clásicos. Los hombres de más autoridad en filología, en lingüística y en conocimientos literarios, como Pott, Dozy y Hartzenbusch le dirigieron cartas sumamente laudatorias y le proclamaron maestro en toda clase de disciplinas filológicas. A la voz de estos grandes maestros se unió un coro universal de alabanzas en España y en toda América en honor del libro y de su autor, y harían falta muchas páginas para consignarlas en breve resumen. Básteme citar los nombres de Menéndez Pelayo, Rodríguez Marín, Juan Valera, condesa de Pardo Bazán en España, y de los americanos Miguel Cané, Juan María Gutiérrez, García Icazbalceta, R. M. Carrasquilla, Antonio Gómez Restrepo, R. Pombo, José Manuel Marroquín, Marco Fidel Suárez, Francisco Calderón, Gonzalo Picón Febres, Rafael M. Merchán y otros ciento. En este universal concierto sólo se oyó una voz disonante, la del cubano Juan Ignacio de Marmas, donosa y rotundamente refutada por el insigne don Manuel Antonio Caro en su *Contradiálogo de las lenguas*. Los testimonios de tantos ilustres literatos pueden leerse en la interesante obra *Rufino José Cuervo y la lengua castellana* del erudito y elocuente P. Fabo, premiada y publicada por la academia colombiana.

De entonces data, por decirlo así, su vastísimo proyecto de dotar a nuestra lengua de un gran diccionario de construcción y régimen, superior por muchos conceptos al de Littré, sobre todo si se tienen en cuenta los medios de que dispuso en abundancia el gran lexi-

cógrafo francés y la penuria de recursos de todo género con que tuvo que luchar el modesto filólogo bogotano, obligado a compartir el tiempo entre los cuidados y dificultades de una industria nueva y casi desconocida en su patria, y las investigaciones literarias y lingüísticas, harto laboriosas y difíciles, especialmente en un país lejano y aislado, poco propicio a tan nuevo y osado intento y muy escaso en elementos de consulta.

La suerte protegió a los dos hermanos Cuervo, que, como nuevos argonautas, se habían lanzado a la conquista del soñado vellocino; y, realizado su sueño, es decir obtenida la fortuna que debía asegurarles en lo sucesivo su permanencia en Europa y la prosecución tranquila de sus empeños literarios, vendieron su floreciente fábrica y, renunciando a empresas industriales cuyas fabulosas y seguras ganancias no tenían atractivo para sus elevados espíritus, se trasladaron, en 1882, al soñado retiro de París, para entregarse por completo a sus labores literarias.

Allí pudo al fin el ilustre filólogo dedicarse a sus anchas a sus estudios predilectos. Allí tuve ocasión de tratarle y admirarle en su austero retiro de benedictino de las letras, rodeado de sus queridos libros, y el placer de saborear a un tiempo los encantos de su afable trato y de su vastísima erudición. ¡Con cuán melancólico deleite recuerdo ahora aquella hospitalaria sala de trabajos de la biblioteca nacional de París, a donde acudía casi a diario el gran maestro; a aquellos amigos comunes que compartían conmigo la admiración y el afecto al gran filólogo, entre los que sólo mencionaré de pasada al benemérito y entusiasta hispanista señor Boris de Tanenberg; a nuestro común editor, señor Roger, padre, de la casa Roger y Chernovitz, que hablaba siempre de él con profundo respeto y cariño, y hasta a su celosa y maternal ama de gobier-

no, señorita Leocadia María Bonté, viva y locuaz como una criada de Molière, la cual le asistió y cuidó durante tres decenios, y que, a veces, mientras esperábamos la llegada del maestro, me refería curiosos detalles de su vida familiar y ocurrencias y dichos ingeniosos; y aun en ocasiones (pues como buena francesa cuidaba del fructuoso empleo de sus economías) me hablaba con cierta pericia de las rentas públicas y hasta me pedía informes acerca de la solidez de los títulos de renta españoles y argentinos, bastante populares entre los modestos rentistas de Francia por lo crecido y saneado de sus intereses!

Pero, como el poeta latino, *paulo majora canamus*. Volvamos a la labor literaria de Cuervo.

Admirado y festejado en París, solicitado por las más notables publicaciones filológicas de Francia y del extranjero a las que prodigaba su erudita colaboración, honrado con la amistad de grandes espíritus como Gastón París, que obtuvo para él la cruz de la Legión de Honor, al paso que sus amigos de Berlín hacían que la universidad berlinesa le concediese el título honorífico de doctor, y en continua comunicación epistolar con sus innumerables amigos y admiradores de España, de su patria Colombia, de las demás repúblicas americanas y aun del mundo entero, continuaba incansable sus trabajos auxiliado por su hermano don Angel. En septiembre de 1886 salió de las prensas el primer tomo del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, y siete años más tarde el segundo, con 426 páginas más que el primero, llamando poderosamente la atención de todos los eruditos y filólogos del mundo. En la interesantísima y rica correspondencia de Cuervo que debería estar ya publicada, figuran los nombres más prestigiosos de la filología universal: Gastón París, Pichhart, Monaci, Schuchart,

Pott, Burnouf, Hatzfeld, Vollmöller, Baist, etc., etc., con motivo de esta publicación.

Si grandes habían sido las alabanzas a su libro *Apuntaciones críticas*, las prodigadas al *Diccionario* fueron incomparablemente mayores. Aquel monumento lingüístico, modelo de crítica sagaz, de pacienzuda y sólida investigación filológica de sutilísima semántica y de erudición incomparable, colocó al nombre de Cuervo junto a los de los más insignes filólogos.

Los que han tenido que hojear, como yo, día tras día aquel libro admirable y apreciar aquella labor de orfebre, aquella delicada disección del sentido de las palabras y modismos, aquel deslinde maravilloso de acepciones y matices, no pueden regatear al gran artista de nuestra lengua la admiración ni los aplausos.

No es posible ir más allá en la investigación, pues el autor no ha dejado una sola dificultad ni un solo problema lingüístico que no desentrañe, escudriñando para ello, todo el tesoro de nuestro idioma, desde la primera edad del romance hasta nuestros días.

Diversas causas que sería prolijo enumerar, algunas de carácter literario, a causa de la deficiencia y descuido de los textos antiguos, la muerte de su querido hermano y colaborador constante don Angel Cuervo y el quebranto de su salud, impidieron que continuase la publicación con gran sentimiento de todos los amantes de nuestras letras.

La Conferencia internacional americana reunida en México a fines de 1901 y principios de 1902 se hizo intérprete de los deseos de todas las naciones de América y, a propuesta del delegado colombiano general Rafael Reyes, presentada y apoyada por la delegación mexicana, votó una subvención de 210,000 francos para la completa terminación del *Diccionario*, suma que debía ser sufragada por todas las repúblicas representadas en dicha Conferencia. Votaron dicha resolución los dele-

gados de las mismas y, entre ellos, mi distinguido amigo doctor Lorenzo Anadón, ex-decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, perito en materias de lexicografía y lingüística. Merecen ser conocidos los términos en que está redactado el fundamento de dicho voto.

«Las delegaciones que suscriben, considerando:

Que el idioma castellano por conformidad unánime de filólogos americanos y europeos tiene en el Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana del escritor colombiano don Rufino José Cuervo, un monumento que honra altamente la ciencia de América, destinado a contribuir de modo poderoso al mayor conocimiento y perfección del idioma mismo; que la obra ha sido emprendida y llevada a cabo con habilidad, erudición y perseverancia admirables, por un americano que ha hecho ilustre su nombre con numerosos y delicadísimos trabajos de lingüística; que no obstante la aceptación con que la obra ha sido emprendida, únicamente se han publicado los dos primeros tomos, debido al costo que la edición completa alcanza; que los tres volúmenes restantes, prestos para la publicación forman al completar la obra, el repertorio lexicográfico más valioso, amplio y metódico existente en dicha lengua; que el autor del Diccionario lo cede con gusto y ofrece atender gratuitamente a su impresión por extremo laboriosa...»

La muerte impidió al tan llorado maestro llevar a cabo tan desinteresada y patriótica promesa, quedando inconcluso aquel monumento digno de cíclopes.

La pérdida de Cuervo que desde su juventud, religiosa y fecunda, se había empeñado en seguir

..... la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido,

produjo un concierto universal de lamentaciones y alabanzas no sólo en todos los países de lengua castellana, sino también en otras naciones. Americanos de todas las regiones del continente, españoles, portugueses, franceses, belgas, alemanes e italianos entonaron en todas las lenguas las alabanzas del insigne filólogo. Sólo en resumir las notas más vibrantes de este admirable coro ha empleado el padre Fabo más de cincuenta páginas de su obra y aún queda muchísimo por esigar.

Cuervo, tan buen patriota como el que más, legó al morir todos sus libros, los originales acumulados para el Diccionario y sus demás obras a Colombia su patria, que será la encargada de dar a luz los trabajos inéditos y que, desde luégo ha votado una ley para este objeto y para erigir una estatua al hijo insigne que tanta gloria le ha procurado.

Aun después de renunciar a la completa publicación de su obra monumental, no abandonó Cuervo, por eso, sus trabajos de erudición filológica. A instancias de sus numerosos amigos y admiradores preparó la última edición de sus *Apuntaciones críticas*. Además, atraído por la novedad e importancia de los estudios dialectológicos, trabajaba en la preparación de una importante obra titulada *Castellano popular y castellano literario*. En una de mis visitas, me mostró numerosas y curiosísimas papeletas acerca de este trabajo.

Los que deseen conocer a fondo la bibliografía de los escritos del insigne colombiano deben consultar la obra del citado padre Fabo, escrita con cariño de compatriota, de admirador y de discípulo.

El autor de *Apuntaciones críticas*, además de enriquecer y avalorar con sus obras la lengua y la literatura castellanas ha difundido la afición a esta clase de estudios no sólo entre los españoles y americanos, sino también entre los extranjeros.

Ha sido el creador de un gran movimiento de renovación de la filología hispánica. Acaso en sus últimos años, algo debilitado su entusiasmo por el pesimismo y por las turbias emanaciones de la dialectología popular, a la que asignó excesiva importancia a causa del sinnúmero de libros de literatura ínfima que hubo de estudiar para sus trabajos dialectológicos, vaciló la fe que le animó en su juventud, y creyó en el posible avasallamiento del castellano literario por los dialectos populares sobre todo en América. Vino a realizarse en él, a lo menos en parte, el célebre dicho de Campoamor, de que:

Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Olvidó, por esta causa, una ley sociológica que se realiza indefectiblemente, y es la siguiente: toda nación que progresa se perfecciona y refina, aspira a una cultura superior y huye instintivamente de la vulgaridad y grosería lo mismo en la vida material que en la del espíritu, y muy especialmente en el lenguaje.

Si el gran maestro colombiano, abandonando su retiro de París, donde la distancia suele producir espejismos, hubiera venido a esta hermosa tierra argentina, hubiera observado, en escritores jóvenes y aun maduros, esta feliz tendencia hacia el refinamiento del lenguaje literario, que, en todo país de intensa cultura, ha servido siempre de contrapeso a las invasiones del lenguaje plebeyo.

La mejor prueba de esto se encuentra en las columnas de los grandes diarios argentinos y en la gran cantidad de revistas literarias.

No hace muchos días leía con el mayor deleite en las columnas de *La Nación* un interesante y jugoso artículo del castizo escritor peruano señor García Calderón, uno de los grandes admiradores de Cuervo.

Hablando de una visita al eminente hispanista francés, señor Foulché Delbosch, tan benemérito de nuestras letras, ponía en sus labios frases llenas de alentadoras esperanzas para el porvenir de nuestro hermoso idioma en lucha con las deformaciones, extravíos y otros excesos del habla popular. Tal vez las afirmaciones de su antiguo admirador y amigo hubieran templado algo los tristes presentimientos de sus últimos años acerca del porvenir de nuestra lengua.

Termino con estas palabras del mismo Cuervo, las más acertadas y más en consonancia con el fin primordial de este Ateneo, que no es otro que el acercamiento intelectual y moral entre todas las naciones que hablan nuestra rica y sonora lengua, depositaria de tantas bellezas y de tan elevados ideales:

«Nada simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua; pero la patria cuando las letras y las ciencias han fecundado cumplidamente nuestro espíritu, no cabe en las demarcaciones caprichosas de la nacionalidad; por eso, mejor que dentro de ficticios linderos, se agrupan las inteligencias en torno de nombres como los de Cervantes, de Shakespeare y Goethe; y por eso, cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es avigorar sus simpatías y relaciones y hacerlos uno solo: de modo que nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispanoamericanas como los fomentadores de los estudios que tiendan a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas.»

He dicho.

